

749-750 OPUSCULUM CUADRAGÉSIMO OCTAVO. DELEITES ESPIRITUALES.

ARGUMENTO.

Se intenta llevar a un monje honesto, demasiado inclinado a la glotonería y a la selección de alimentos, al desprecio de los banquetes terrenales y a la meditación y amor de las delicias celestiales, presentándole ante sus ojos la dulzura de los banquetes espirituales.

AL HERMANO HONESTO, PEDRO, monje pecador, salud.

[DELEITES ESPIRITUALES.]

CAPÍTULO PRIMERO. Del Jubileo y sus misterios.

Quien se ve obligado a ir a la guerra, pero lucha valientemente, corrige la vergüenza de su cobardía al obtener el triunfo por su valentía. Pero si comienza a regañadientes y pronto, al encontrarse con los adversarios, huye con el corazón temeroso, aunque desprecie las armas enemigas mientras huye, no estará libre de la mancha de la infamia. Tú también, hermano, hasta donde se puede entender, no te alistaste voluntariamente en las armas de la milicia espiritual; y después de haber dado tu nombre y profesado los sacramentos del noviciado, no has hecho nada notable, nada fuerte, nada digno de alabanza; sino que, habiendo salido de Egipto, comenzaste a murmurar por la escasez de alimentos y bebidas, suspirando por todas las delicias de Egipto (Éxodo XVI), quejándote con aquel Israel carnal: «¡Ojalá hubiéramos muerto por mano del Señor en Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne y comíamos pan hasta saciarnos!» (Daniel III). Por tanto, el rey de Babilonia te envió al horno de fuego ardiente, pero no pudo ver al Hijo de Dios caminando contigo entre las llamas ardientes. El perseguidor introdujo una masa de estopa, nafta, pez y teas; pero la virtud divina no extinguió las fuerzas de este incendio contra ti (Ibid.). Además, de esa llama se dice: Que se elevó y se alzó sobre el horno cuarenta y nueve codos. No pudo alcanzar el número cincuenta, es decir, el sacramento del místico Jubileo. El Jubileo es el año de descanso, por lo tanto, ese fuego de concupiscencia carnal no pertenece al descanso, sino que genera escándalos, mientras perturba y agita la mente reprobada con tentadoras seducciones. No pertenece al fuego del día cincuenta, del cual se dice: «Todo el monte Sinaí humeaba, porque el Señor había descendido sobre él en fuego, y el humo subía de él como de un horno» (Éxodo XIX). Tampoco concuerda con aquel que, igualmente en el día cincuenta, después de la gloria de la resurrección del Señor, descendió sobre los apóstoles en variedad de lenguas (Hechos II). Ambos fuegos descendieron, porque ciertamente vinieron del cielo. Sin embargo, se dice que aquel no descendió, sino que ascendió, para que parezca proceder de la petulancia de la concupiscencia carnal.

CAPÍTULO II. Qué fue el maná y qué significa.

No sirvas, hermano, no sirvas a la gula ni a la lujuria de la carne, tú que te comprometiste como soldado al autor de la sobriedad. Avergüénzate de ser esclavo de los placeres carnales, y no sometas tu cuello, que se ha inclinado al yugo noble de Cristo, a las cadenas de los bárbaros. Que no te posea bajo su dominio Eglón, rey de Moab (Jueces III), sino que contigo Aod lo atravesase inesperadamente con un puñal. Que no te oprima bajo su imperio Agag, rey de Amalec, junto con el Israel terrenal (1 Samuel XV), sino que con Samuel lo cortes en pedazos ante ti. Que no te deleite aquel destructor de Jerusalén (2 Reyes XXV), quien, porque sugiere placeres de seducción, se dice que tiene el principado sobre los cocineros carnales. Si te deleita comer algo dulce, que en el paladar de tu corazón saboree aquel maná divino y

místico, del cual se dice: «Porque su sabor era como de flor de harina con miel» (Éxodo XVI). Esta flor de harina se hace del grano de trigo, que al caer en la tierra y morir, produce mucho fruto (Juan XII). Pero esta flor de harina se mezcla con miel, porque la humanidad del Redentor está llena de la dulzura de la deidad. Porque Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo mismo (2 Corintios V). O ciertamente, la miel en la flor de harina es la dulzura espiritual en la letra. De aquí que se describe que aquel pueblo hebreo hizo tortas con el mismo maná: «El pueblo lo molía en molino, o lo machacaba en mortero, lo cocía en olla, y hacía de él tortas de sabor como de pan amasado con aceite» (Números XI). La torta, ciertamente, no puede ser saboreada a menos que se abra primero, lo que está encerrado dentro de sus pliegues. Los oráculos de los profetas son como ciertas tortas, que bajo una especie de envoltura carnal de palabras, ocultan el sacramento de la inteligencia espiritual. Esta torta no podía abrirla aquel a quien se le decía por Isaías: «Lee este libro. Y respondió: No puedo, porque está sellado» (Isaías XXIX). Esta torta pidió que se le abriera aquel eunuco, cuando Felipe le dijo: «¿Entiendes lo que lees?» Respondió: «¿Y cómo podré, si alguien no me lo explica?» (Hechos VIII). Como si dijera: Tengo esta torta en mis manos, pero no puedo comer de ella, a menos que una mano docta la abra y me exponga la médula del espíritu que se oculta en la paja de la letra. No podían abrirla por sí mismos aquellos de quienes Jeremías decía: «Los niños pidieron pan, y no hubo quien se lo partiera» (Lamentaciones IV).

Por tanto, este maná, amadísimo, este alimento de vital sustento, tritúralo sutilmente en el mortero de tu meditación, cocínalo continuamente en la olla del amor ferviente, para que puedas saciar las entrañas de tu alma como con la grasa de un banquete celestial. Que este manjar de íntima refección endulce las fauces de tu corazón, que este alimento provoque tu ánimo hacia aquel banquete celestial. Que este alimento, finalmente, sepa deliciosamente en el gusto de tu mente, que te encienda a desear los alimentos de la refección suprema.

CAPÍTULO III. Que en solo Dios está la esperanza y el descanso de los santos.

Reprimida, pues, la avidez de diversos alimentos, que solo uno sea deseado, que uno solo sea solicitado con todo deseo: «Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré» (Salmo XXVI). Esta es la unidad que faltaba a los cuarenta y nueve codos de la llama ascendente (Daniel II); porque el apetito carnal, mientras se dispersa por muchas cosas, no tiene aquella única causa y fin de gozo en la que pueda descansar deleitosamente. El Jubileo se concluye con esta unidad, porque en el amor del Creador se pone toda la esperanza e intención de los santos, en Él se coloca todo su descanso. Por todo lo que hacen, tienden hacia Él, y en Él, como en el Jubileo, descansan de todas las vanidades del mundo. En verdad, así como el séptimo día, que se celebra en toda semana, o ciertamente el séptimo año de descanso, que se celebra igualmente en todo septenio, significan el descanso de este tiempo, en el cual los santos solo aman a Dios y en Él descansan de todas las perturbaciones del mundo; así, por el Jubileo, es decir, el año cincuenta, se designa aquel último descanso, en el cual todos los elegidos disfrutan de un descanso seguro y eterno. En esta vida, el alma de cualquier hombre santo se apoya en Dios por la fuerza de una esperanza cierta y un amor puro: pues la carne se perturba con muchas calamidades de adversidades. Cada semana, ciertamente, tenía el sábado de los días, y el septenio el sábado de los años; pero el Jubileo era el sábado de los sábados. Porque de siete veces siete se completa la suma de cuarenta y nueve, a la que, añadiendo una unidad, se completa el número cincuenta, que es el Jubileo. En este número, ciertamente, así como decimos siete veces siete, así en nuestro entendimiento duplicamos el descanso de las almas y de los cuerpos. En el Jubileo de nuestro descanso, es decir, en aquella vida de eterna felicidad, cada elegido disfruta no solo del descanso inmutable del alma, sino también del cuerpo, de modo que ya no se ve perturbado por ninguna incomodidad de cualquier tormenta

en ninguna de las dos sustancias. En el Jubileo se tocan las trompetas (Levítico XXV), y cada uno regresa a sus posesiones; porque, como dice el Apóstol, el mismo Señor, con mandato, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo: y los muertos en Cristo resucitarán (1 Tesalonicenses IV). ¿Qué es descender con voz de arcángel y trompeta de Dios, sino resonar de algún modo con los sonidos de las trompetas? ¿Y qué es que los muertos en Cristo resuciten, sino que cada uno regrese a sus posesiones? Entonces Abraham, entonces Moisés, entonces ciertamente Pilato, entonces Herodes, entonces cada justo o pecador, regresará a los derechos de sus posesiones; cuando se revista de la carne que había dejado por un tiempo: para que con su propio cuerpo cada uno reciba lo que merece. Además, ahora los réprobos tienen de algún modo el descanso de ambas sustancias, porque cumplen el placer de sus almas y cuerpos, de modo que ciertamente la llama de la concupiscencia, que como del horno caldeo, procede de su mente ardiente, parece elevarse a siete veces siete (Daniel III), es decir, a cuarenta y nueve; pero como no tienden a la unidad, que es Dios, desde la intención de la mente, no llegarán a la plenitud del bienaventurado Jubileo.

CAPÍTULO IV. Cómo Dios descansa en nosotros.

Pero quienes buscamos el Jubileo para Dios, es decir, el descanso, también debemos ofrecerle a Dios el Jubileo en nosotros. Porque en cuyo corazón no se permite a Dios descansar en esta vida, no se le concede después el descanso de la vida celestial. ¿Acaso no busca en nosotros de algún modo el descanso del Jubileo, cuando se dice por Isaías: «¿Sobre quién reposará mi Espíritu, sino sobre el humilde y tranquilo, y que tiembla ante mis palabras?» (Isaías LXVI). ¿Acaso aquella paloma, que entonces prefiguraba al mismo Espíritu, no buscaba descanso? De la cual se lee: «Porque cuando no encontró dónde reposar su pie, regresó a Noé en el arca» (Génesis VIII). La paloma, en efecto, no encontró descanso en el agua del mundo en peligro, porque el Espíritu Santo no reposa en aquellos que perecen con el mundo. Pero la paloma regresa al arca, en la que había ocho almas; porque el Espíritu Santo se digna habitar en aquellos en quienes, por el lavacro del bautismo, hay una esperanza cierta de la bienaventurada resurrección. De donde está escrito: «El Espíritu de Dios se movía sobre las aguas» (Génesis I). ¿No se promete el Señor tener descanso entre nosotros, cuando dice: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada con él» (Juan XIV). Se queja de no haber encontrado descanso en nadie, diciendo: «Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza» (Lucas IX). Por tanto, quien haya concebido en su corazón el veneno de cualquier malicia, apresúrese a expulsar de la madriguera de su pecho a las zorras, para que el Hijo de Dios merezca reclinar su cabeza en él. Oh tú, quienquiera que seas, convierte tu corazón, es decir, la cueva de las zorras, en el mortero del casto pensamiento: en el cual no dejes de triturar sutilmente el maná del celestial discurso, para que el pan amasado con aceite pueda provenir para ti. El pan amasado con aceite es la inteligencia de la Sagrada Escritura, sazónada con la suavidad del Espíritu Santo. Que el Espíritu te infunda esto, hermano carísimo; que este Espíritu en ti, con Sansón, arroje el lazo de la pereza y el desánimo, y te encienda fervientemente para luchar valientemente contra el enemigo (Jueces XVI).

En situaciones desesperadas, es glorioso actuar valientemente; es de notable renombre recuperar inesperadamente la victoria para quien había caído en la ruina. Marcelo, cónsul de los romanos, cuando cayó imprudentemente en manos de los galos, y rodeado por enemigos armados por todas partes, no había posibilidad de escape, se lanzó con gran ímpetu sobre el rey de ellos, Vitromaro, como un rayo: y al matarlo, también eliminó a muchas tropas enemigas junto con su colega, Marco Escipión. ¿Qué maravilla, entonces, si lo que se logró contra un hombre por la fortaleza humana, ahora se hace contra el diablo por la virtud del

Espíritu Santo? Por tanto, hermano carísimo, que de ti se expulse la cobardía degenerada de esta pereza arraigada, que la mano virilmente tome las armas, y que al dardos torcidos de los atacantes oponga el escudo de la circunspección interior. Que no te encuentren los ladrones, como a Isboset, durmiendo en el lecho para herirte en la ingle (2 Samuel IV), sino que más bien, como a David, te sientan luchando invenciblemente contra las tropas de los filisteos (2 Samuel II). Para que, con la ayuda de Dios, merezcas obtener esta victoria, no murmures más con aquel Israel carnal diciendo: «Nuestra alma está seca, no vemos nada más que este maná» (Números XI); sino que más bien, alegre y animado, canta con el Profeta: «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, más que la miel a mi boca!» (Salmo CXVIII). Que la avidez de la delicia carnal no deje de alimentar el estómago de nuestra mente. Aquellos banquetes carnales no alimentan más que al gusano; pero estos no permiten que el hombre muera, sino que lo guardan en la amenidad del eterno verdor. Aquellos obligan a los ávidos de ellos a desear una gota de agua en el fuego con el rico (Lucas XVI); estos nos abren los secretos del misterio celestial con Daniel (Daniel X). De aquellos se dice: «La comida para el vientre, y el vientre para la comida; pero Dios destruirá a ambos» (1 Corintios VI). De estos se dice: «Tus labios, esposa, son un panal que destila; miel y leche hay debajo de tu lengua» (Cantar de los Cantares IV). Y de nuevo: «Fuente de jardines, pozo de aguas vivas, que fluyen impetuosamente desde el Líbano» (Ibid.).

Sobre la vanidad de las vestiduras preciosas, de la cual se dice que sufres, no escribo; porque, como tú mismo comprendes, no puedo extender más el estilo, ya que la carta se acaba. Por tanto, dirijo tu prudencia a la carta que escribí a tu venerable abad Mainardo sobre este tema, rogando que no la leas con apresurada superficialidad, sino que atiendas vigilante a lo que es importante en ella. Que el Dios omnipotente, amadísimo hermano, debilite en ti las fuerzas del sentido carnal, y confirme tu mente en la solidez del deseo espiritual.

Bendito sea el nombre del Señor.